



Autor:
Hans Christian Andersen
(adaptación)



Había una vez un príncipe que quería casarse con una princesa, pero con una verdadera princesa de sangre real. Viajó por todo el mundo buscando una, pero era muy difícil encontrarla, mucho más difícil de lo que había supuesto.

Las princesas abundaban, pero no era sencillo averiguar si eran de sangre real. Siempre acababa descubriendo en ellas algo que le demostraba que en realidad no lo eran, y el príncipe volvió a su país muy triste por no haber encontrado una verdadera princesa real.

Una noche, estando en su castillo, se desencadenó una terrible tormenta: llovía muchísimo, los relámpagos iluminaban el cielo y los truenos sonaban muy fuerte. De pronto, se oyó que alguien llamaba a la puerta: « Toc, toc»

La familia no entendía quién podía estar a la intemperie en semejante noche de tormenta y fueron a abrir la puerta.

— ¿Quién es? —preguntó el padre del príncipe.

—Soy la princesa de un reino de lejano —contestó una voz débil y cansada. —Con la tormenta, me he perdido y con tanta oscuridad no sé regresar a donde estaba alojada.

Le abrieron la puerta y se encontraron con una hermosa joven:

— Pero ¡Dios mío! ¡Qué aspecto tienes!

La lluvia chorreaba por sus ropas y cabellos. El agua salía de sus zapatos como si de una fuente se tratase. La pobre no hacía más que tiritar de frío.

En el castillo le dieron ropa seca y la invitaron a cenar. Poco a poco entró en calor al lado de la chimenea. La hermosa joven les agradeció que le permitieran pasar la noche con ellos, sin embargo la reina como no se creía que fuera una princesa de verdad, quiso averiguarlo y pensó:

—Ya sé lo que haré; colocaré un guisante debajo del colchón y pondré unos cuantos colchones más, luego encima añadiré veinticinco edredones, y esperaré a mañana. Si no se da cuenta, es que no es una verdadera princesa. Así podremos demostrar su sensibilidad.

Al llegar la noche, la reina colocó un guisante encima de una madera que había debajo del primer colchón, luego colocó el resto y los edredones encima y después se fue a dormir.

La hermosa joven cuando fue a acostarse tuvo que subirse a una silla y escalar por encima de tanto colchón y cuando llegó a la cama se tumbó encima de los edredones y pensó:

Ha merecido la pena subir tan alto, espero que con tanto edredón duerma muy bien, ya que son blanditos, se metió en la cama, se tapó con el primer edredón y se quedó dormida.

Al día siguiente, la hermosa joven se levantó muy cansada, no había podido dormir en toda la noche, pero como era muy educada y agradecida, no dijo nada hasta que a la mañana siguiente y delante de la reina, el príncipe le preguntó:

— ¿Qué tal has dormido, joven princesa?

— ¡Oh! Terriblemente mal —contestó—. No he dormido en toda la noche. No comprendo qué tenía la cama; Dios sabe lo que sería. Tengo el cuerpo lleno de cardenales. ¡Ha sido horrible!

—Entonces, ¿eres una verdadera princesa! Porque a pesar de los muchos colchones y edredones que te he puesto, has sentido la molestia del guisante. ¡Sólo una verdadera princesa podía ser tan sensible! —comentó la reina

El príncipe y la joven al cabo de unas semanas contrajeron matrimonio y la reina fue feliz porque por fin supo que había encontrado a una verdadera princesa para su hijo y todos fueron muy felices.



FIN

